

**QUE ARDA
TROYA**

Montse Linares

**QUE ARDA
TROYA**


ESDR UJULA
EDICIONES
{COLECCIÓN ETCÉTERA}

A mi madre por alumbrarme a la vida,
a mi padre que me enseñó a vivirla,
a mis hijos que me obligaron a cambiar la forma de hacerlo,
y a José Luis, por acompañarme en el camino,
con infinito respeto y sin ninguna exigencia.

Prólogo

Melanie Rueda Borrego

«—Montse, hay una víctima que necesita que la asistas, ha sufrido una fuerte agresión.

—¿Pero está viva? Porque si está muerta, ¡no!

—Está en cuidados intensivos, la han operado. No sabemos cómo va a evolucionar. En los próximos días sabremos si sale o no».

Después entendí el porqué de esa respuesta de ella. Acababa de terminar un juicio de una mujer que su marido la había asesinado, nada más y nada menos que con sesenta y siete puñaladas. A esa mujer no la pudo ver, no la pudo escuchar, no la pudo resucitar; tan solo pudo consolar con justicia a sus hijos, a sus hermanos y a esos padres que estaban muertos en vida.

La mañana del diez de octubre de 2007, me encontraba en la camilla del Hospital de Traumatología de Granada, en lamentables condiciones, pero ¡viva! Los médicos se disponían a darme el alta, pero cuando me revisaron la cicatriz de la cabeza se percataron de que tenía unas grapas que no estaban secas y decidieron demorarlo al día siguiente. Estaban esperando a que vinieran a recogerme para dar una rueda de

prensa. Cuando miré a la izquierda y vi acercarse a mí una mujer bien arreglada, con una americana blanca, maletín en mano y una mirada llena de ternura.

—¡Hola!, soy Montse Linares, tu abogada.

¿Lo que pensé?: «*Ofú*, a ver cómo me va a salir esta *abogada*».

Quién me iba a decir que sería una parte fundamental de mi nuevo comienzo, de mi vida y de mi *libertad*.

En los dos años que tardó en celebrarse mi juicio, fui siendo consciente de lo que había vivido. Había sido víctima de violencia de género durante dos años y medio, lo había normalizado. *El Pepón* «solo me pegaba». Jamás denuncié en ese tiempo porque pensaba que no me iban a creer, porque no quería hacerle daño, porque tenía miedo. Solo denuncié aquel primero de octubre, delante de dos guardias civiles (más *pa allá que pa acá*), dos horas después de la agresión y con prisas, porque había pocas posibilidades de que saliera viva de aquel hospital. Hasta en esos momentos dudé en decir su nombre, por miedo.

Llegó el tan esperado día del señalamiento del juicio, y Montse ya había avisado, tanto a mí como a mi familia, de que: «nada de insultos y nada de interrumpir en la sala» (aunque razones no nos faltaban). Cuando llegaron las conclusiones al final del juicio, me defendió como si se tratase de mi madre, (mi madre estaba a mi lado, conteniéndose). Teníamos a ese energúmeno enfrente. En su última intervención pedía a la familia de Melanie perdón, les dijo que no lo iba a hacer más. Cuando su señoría dijo «visto para sentencia», mi madre se despachó a gusto:

—*Desgraciao*, ¿que no lo vas a hacer más? ¿Qué tenías pensado?, ¿hacerlo otra vez? En la vida te vamos a perdonar.

Ahí nació un vínculo entre Montse y yo; aparte del de clienta-abogada, es parte de mi familia. Cuando mi madre estaba a punto de terminar su «vuelo», llamé a Montse para decirle que si quería despedirse de ella, acudiera al hospital, y así lo hizo. Tras su charla se fue y mi madre me dijo: «Hija, qué mala suerte tienes, vas a quedarte sin madre muy joven, pero me voy tranquila porque tienes a tu Montse».

Un día me dijo que le apetecía escribir, que, aun teniendo el volumen de trabajo que tenía, sacaría tiempo para hacerlo porque no se iba a ir de este mundo sin cumplir uno de sus retos personales.

Cuando acabó de escribirlo me llamó, me preguntó si yo le escribiría el prólogo, que le hacía ilusión, sin dudarle acepté. Para mí es un honor el que me hiciese participe de su *parto*, su primer libro. Espero que siga *pariendo* para poder seguir disfrutando y viajar gratis a todos esos momentos que tan bien describe.

Creía que ya no me iba a sorprender después de haber leído sus recursos y sus escritos dignos de enmarcar por sus argumentos tan bien explicados, también por esos guantazos sin manos a quienes iban dirigidos.

Pero cuando empecé a leer, ¡*Cataplún!*!, lo volvió a hacer. Llegué a uno de los primeros relatos y tuve que parar, las lágrimas no me dejaban continuar, se me había encogido el corazón.

¡Que arda Troya!, ¿de qué trata?

Pues de la vida misma. Una niña criada bajo las viejas costumbres, de acuerdo con la educación de aquella época. Desde la infancia, hasta convertirse en mujer, tuvo que luchar contra el machismo.

Una mujer que, cansada de tantas exigencias y patrones impuestos por la sociedad, cansada de no salirse del tiesto, cogió el tiesto y lo estampó contra la pared. Una mujer que un día se cansó de llevar los tacones que tanto le apretaban y tanto daño le hacían, los cambió por zapatillas de deporte que le facilitaban ir de juzgado en juzgado, arrancarse a bailar cuando escuchaba una guitarra, o salir a correr para despejar la mente. Mujer que ha empezado desde abajo, sin que se le caigan los anillos. Que lo mismo te quita un capialzado, que te prepara una sopa depurativa. O se enfrenta a los mismos demonios que hay escondidos en la sociedad.

Mujer, nada más y nada menos que mujer.

Espero que disfrutes, querido lector/a, de este vuelo, y recuerdes que el mejor avión es el de la libertad.

La eterna aprendiz.

MELANIE RUEDA BORREGO

Que arda Troya

LOS PAYASOS DE LA TELE

A ver, por dónde empiezo. Es complicado esto de elegir el punto de partida, porque creo que hay muchos y ninguno. En fin, como hay que decidir por dónde empezar, bueno, eso creo, en esto de la escritura soy aún inexperta, pues escribir me ha gustado desde *chica*, pero como el resto de las cosas que me gustaban (y que a la mayoría de las mujeres nos gustan de *chicas*), se nos pierden en el camino de *grandes* hasta que llega un día en que ya ni nos acordamos de lo que nos gustaba. En fin, que me lío y no empiezo. A ver, el principio... ¿Antonio, Juan, Manolo?, ¿mi padre y mi abuelo? o todos ellos a la vez; yo creo más bien que esta es la mejor opción, un poquito de todos ellos para empezar esta historia.

Si mi abuela siguiese entre nosotros (físicamente me refiero, porque en espíritu no se ha ido nunca de mi lado), me cogería del brazo, se pasaría los dedos por la comisura de los labios y, con una sonrisa enorme y generosa, me diría: «niña, no seas mala, no hables mal de tu padre, ni de tu abuelo, ni de nadie; son buenos, aunque un poquillo cabezones».

Sí, abuela, llevas toda la razón del mundo. Yo adoraba a mi abuelo paterno, pero creo que ese cariño no era el propio de

una nieta a su abuelo, sino de una hija que no se siente querida por el padre al que adora y busca en el abuelo lo que su padre no pudo darle. Bueno, no quiero ponerme melodramática, pero ¿sabes abuela?, ya estoy hasta el *mismísimo moño* de agradar a todo bicho viviente que se cruza en mi camino, de vivir para que los demás vivan y morirme yo en la vida de los otros, así que, cariño mío, perdóname y riéte conmigo contando esta historia.

Pueblo del interior, andaluz, cerrado como él solo, años ochenta: a mis escasos trece años yo no salía de ese lugar, más que para ir al colegio de monjas al que mi padre, con el esfuerzo que le exigía sacar adelante a cinco hijas y a mi hermano mayor que siempre ha tenido buena boca, me envió; en principio, con la esperanza de que estudiase la carrera de Magisterio, a su entender, mucho mejor que la de Matemáticas que yo quería estudiar por la influencia de un buen profesor de EGB y porque, de verdad que era buena, muy buena con los números (otra cosa que se me quedó en el camino de hacerme *grande*). Magisterio era también mejor aún que la carrera de Derecho, la que finalmente acabé cursando.

Mi padre, machista donde los hubiese en aquella época (a pesar de estar rodeado nada más y nada menos que de seis mujeres, contando a mi madre), fue rígido, de firmes convicciones *masculinas*. Se pasaba el día entre grifos, calentadores, inodoros y los demás elementos que conforman el mundo de la fontanería. Era bueno en su trabajo, cariñoso, gracioso y espléndido con los clientes, pero cuando llegaba a casa... el espíritu jovial y divertido de mi padre se quedaba en el mismo estante en que cada día dejaba su cartera, sus llaves y las monedas que

se le quedaban en los bolsillos después de pagar alguna ronda de vino o cerveza con sus amigos en algún bar del pueblo. No quiero que te enfades abuela, sabes que lo que digo es verdad, pero no te preocupes, también diré que mi padre para mí siempre ha sido ejemplo de integridad e inspiración para superar cada reto de mi vida, aunque... no me negarás, abuelilla, que bien podría haber sido apoyo para superar mis retos antes que quedarse sentando llorando mis errores y echándome la culpa de ellos, ¿no? Bueno, bueno, no te enfades, ya lo dejo aquí.

A ver, abuelilla, ¿y tu hija?, siempre se me ha quedado entre las manos tu hija, no sé el porqué, pero siempre pensé, hasta hace poco tiempo, que le ha faltado «algo de madre» conmigo, no me malinterpretes. Tu hija, mi madre, ha sido una sufridora nata en la vida, como muchas mujeres, mujeres como ella en aquella época que les tocó vivir, pero creo que ese sufrimiento la llevaba a envidiar a los que se divertían, a criticarlos y a adoctrinarlos en la maravillosa *teoría vital*, denominada por ella misma, haciendo uso de sus dichos populares (un poco macabros, la verdad sea dicha, aunque sea tu hija). «No te rías tanto que después de la risa viene el llanto». Claro, con tal enseñanza ahora me explico que, hasta bien entrada la madurez, yo no haya empezado a disfrutar un poquito de la risa, antes que aguantármela para evitar el llanto que viene después.

Mi madre era madre de seis hijos, cumplía sus obligaciones de madre en la medida en que entendía cuáles eran esas obligaciones, a partir del momento en que yo, subida en una caja de madera, llegaba al lebrillo que hacía de fregadero en esa época, entre las que no incluían: lavar los platos, quitar la mesa después de comer, hacer las camas o hacer limpieza a fondo los fines de semana. Todo eso lo hacía yo al regresar del colegio, cuando contaba apenas nueve o diez años. No tengo

recuerdos de juegos con mis amigas. Recuerdo a mis amigas tocar el portón de la casa en la que vivíamos entonces, para que saliese con ellas a jugar, a lo que les decía, bayeta en mano o fregona en suelo, que no podía, ¡que tenía que limpiar! Joder, abuelilla, cuánto he llorado yo solita escuchando la canción de los payasos, «así limpiaba, así así, así limpiaba, así así, así limpiaba, así así, así limpiaba que yo la vi». Aunque la parte en la que lloraba amargamente era aquella donde la letra decía: «pero no podía jugar porque tenía que limpiar». A veces pensaba que los payasos de la tele habían escrito la canción para mí, que tenían superpoderes y se habían enterado de mi desconsolada infancia sin juego y con fregona. Odiaba esa puñetera canción que habían compuesto con tanto atino.

Con el tiempo comprendí que los payasos no tenían superpoderes, estaban simplemente describiendo el día a día de las niñas de nuestro país en esos tiempos. Te juro que si hubiese tenido a mano a alguno de los payasos... le arranco la nariz de un *bocao*. ¿Por qué cantaban semejante burla a la infancia femenina de España, con tantas ganas y una sonrisa de oreja a oreja? En fin, yo creo que en esa época *payasesca* empecé a comprender que no quería seguir «limpiando y limpiando» como decía la canción.

Es que tú sabes, abuela, que me encantaba limpiar tanto como jugar, porque jugaba limpiando, y al menos jugaba, pero a un juego muy peligroso, jugaba a ser mayor en la época en la que debía ser *chica* y entre juego y juego; entre mocho y mocho; entre gofifa y gofifa, empezó todo, ¿ves abuela?, al final hemos encontrado el principio para esta historia.